

tro amigo?—No dice *nuestro*, sino *vuestro* amigo, replicó La Vigere.—¿Pero no es esta una *n*?—No, es una *v* indudablemente.

Nada pudo sacarse de estos dos hombres; Pennautier tenia centinelas de vista. En todos los interrogatorios contestó con aplomo que habia conocido en otros tiempos á Mad. de Brinvilliers, pero que no habia tenido nunca intimidad con ella; que habia pedido dinero prestado á su marido y que se lo habia vuelto; que él se habia negado á prestárselo en su nombre, pero que se lo habia prestado bajo el nombre de Paul. Por lo demás, las únicas relaciones que habia tenido con Mad. de Brinvilliers hacia doce años, se reducian á aquella visita de etiqueta que la habia hecho en Picpus, en donde ni siquiera la habia visto.

Se le pusieron de manifiesto las dos cartas de 29 de abril y de 3 de mayo y se le hizo observar que esto hacia sospechar otras relaciones entre él y la marquesa que las que él tenia á bien confesar. A esto contestó que sin duda la marquesa trataba de agarrarse á todo lo que pudiera hacerla concebir esperanzas de crearse algun apoyo.

Por este lado parecia que Pennautier tenia conciencia de su fuerza; pero la carta de La Vigere probaba que el recaudador no estaba tan tranquilo, con respecto á sus relaciones con alguno de los fugitivos. Se le apremió mucho, por mas que diga M. Michelet, que llega hasta asegurar que el alguacil Masson desplegó un celo intempestivo y tuvo una energía que nadie reclamaba de él. M. Michelet no ha hecho alto en lo significativa que era la presencia de Desgrais en aquella prision. Si los magistrados hubiesen querido salvar á Pennautier, si no le hubiesen hecho prender sino *por su propio interés*, hubiera habido mucha torpeza en cogerle por sorpresa para que saliese á la luz su terror. Basta con leer los interrogatorios de Pennautier para persuadirse de que el parlamento tomó por lo serio aquel procedimiento.

La marquesa por su parte, careada con Barbier, negaba todas las palabras que se la atribuian con respecto á Pennautier. Habiéndola leído sus declaraciones, dijo (22 y 23 de junio) que jamás habia podido pretender que M. de Pennautier tuviese mas miedo que ella; y que si habia dicho que aquel negocio atañia á M. de Pennautier, era porque en el negocio de la arquilla se les habia citado al mismo tiempo.

El 7 de julio fue el careo entre Pennautier y la marquesa: los dos estuvieron de acuerdo cara á cara como lo habian estado aisladamente. Sobre el punto delicado del préstamo hecho, bajo el nombre de Saint-Paul, declaró Pennautier que este préstamo lo habia hecho á ruegos de Sainte-Croix y que aproximándose el vencimiento y teniendo que marchar al Languedoc, habia encargado á M. Cusson que recibiera dicha cantidad.

Mad. de Brinvilliers sostuvo nuevamente que no habia llegado jamás á su noticia que M. de Pennautier se ocultase bajo el nombre de Paul.

Por parte de la viuda de Brunet no se habia en-

contrado nada que pudiera ser un cargo para Pennautier.

En un registro hecho el 17 de junio en la casa que este habia ocupado últimamente, se habian descubierto cosas muy estrañas, aunque no para hacerle por ellas un cargo directo.

Los señores Palluau y Mandat supieron por la señorita Le Gallois, dueña de la casa de la calle de Vieux-Augustins, que un cuanto tiempo antes, en uno de los cuartos que estaban debajo de los desvanes é inmediatos á estos, los inquilinos se habian visto muy molestados por una especie de lluvia de gusanos gordos que caian del techo por ciertas rendijas. Algunas veces se recogian á puñados encima de la mesa del comedor y aquellos gusanos eran blancos y del tamaño de una oruga pequeña; esto duró cerca de tres semanas y en el desvan habia aun algunos muebles pertenecientes á M. Pennautier que todavía no los habia sacado de allí desde que se habia mudado de habitacion. Por fin se presentaron unos hombres á buscarlos y la señorita Le Gallois contaba, que por un agujero de la puerta del desvan, se habia visto una cabeza de muerto en estado de putrefaccion. Los hombres que habian ido á buscar los muebles, dijeron que lo que allí habia, era simplemente un gato muerto.

Habia entre los muebles unos instrumentos y unas *máquinas* que habian pertenecido á un hombre que habia muerto por aquella época en Italia y que buscaba la piedra filosofal.

Un testigo, llamado Delafontaine, completó estas noticias, diciendo, que aquel hombre se llamaba Exili y que habia sido compañero de cuarto de Sainte-Croix en la Bastilla. Cuando Sainte-Croix se vió libre, hizo diligencias para que á aquel hombre se le pusiera tambien en libertad y se lo llevó á vivir en su compañía.

Los dos consejeros se trasladaron al desvan, en donde encontraron las *máquinas* que habia dejado allí el italiano y una calavera muy vieja que no conservaba mas que un diente en la mandíbula superior. Sin embargo, no hallaron ni en el suelo del desvan, ni en el techo del piso tercero, ningun agujero ni rendija que pudiera hacer creible la supuesta lluvia de gusanos.

La señora de Sainte-Croix, oida el 28 de julio, no dijo nada nuevo con declarar que Pennautier y su marido habian sido amigos íntimos; Pennautier habia ido tres veces á visitar á Sainte-Croix en su última enfermedad y las tres veces estuvieron los dos hablando largo rato en secreto, pero la viuda no podia decir de qué habian tratado.

Nada se fijaba contra Pennautier, y los Boulz podian hablar en su favor sin riesgo, diciendo por todas partes que era inaudito que se detuviese preso á un hombre de aquella importancia por semejantes pequeñeces.

Y entre estas no habian dejado de proferirse algunas palabras que dejaban entrever una trama bastante bien urdida contra la caja de Pennautier. Esta indicacion se halla en una respuesta de Briancourt (13 de julio.)